



# UNA ESPERANZA

Teresa Claramunt  
*El productor*, 30-XI-1901

En el transcurso de dos años he recorrido un gran número de poblaciones de la región catalana y de otras provincias, y al ver a la mujer tan divorciada de las cuestiones que tanto o más que al hombre le atañen, sentía en mí un pesar inmenso. ¿Será posible, me decía, que la mujer obrera, la explotada, no sienta el deseo vivificador de ser libre? Esos agentes malditos que con sofismas le han atrofiado el cerebro, habrán muerto en ella también todo sentimiento de amor y de dignidad. No: la mujer obrera, la esclava moderna no ha muerto para la lucha. El canto de la sirena las había aletargado, pero no había extinguido el sentimiento noble de las hijas del pueblo, que en todas las luchas han alentado al hombre. Me consta que en algunas poblaciones la mujer obrera acude presurosa a unirse con su hermano de penas, el hombre, para hacer frente al enemigo común, el parásito, pero no había podido ver de cerca el despertar hermoso de mis compañeras de infortunio. A las obreras de San Martín de Provensals debo esa dicha inmensa que en el momento de escribir estas líneas embarga dulcemente todo mi ser. Esas dignas hijas del pueblo que durante muchos años habían sido explotadas por el más ruin de los tiranos, el tirano de blusa y alpargata, esas mujeres, repito, que asociadas una porción de años en asociaciones dirigidas por vividores que, además de absolverles las cuotas las tenían en continuo engaño, hoy desligadas de aquellas cadenas que no dejaban dar curso a sus sentimientos, a sus aspiraciones, a sus iniciativas, vuelven la vista a la verdadera senda, o sea a la asociación libre, para mejorar su condición como obrera e instruirse para poder un día ser mujeres libres. Obreras de Cataluña, de España, del mundo entero, la conducta de las obreras del Arte Fabril de San Martín de Provensals (Barcelona), voy a exponérosla a grandes rasgos para daros alientos demostrándoos sus recientes hechos que la mujer es un ser igual al hombre.

Desengañadas las obreras del Arte Fabril de esos falsos redentores adormideras que tantas cuotas les habían mermado, estuvieron un tiempo desorientadas, divididas sus valerosas fuerzas, aguantaban con forzada calma la avaricia burguesa que de día en día las explotaba más

y más, pero bastó un día que la voz amiga de dignos luchadores llegase a sus oídos, para que todos sus sentimientos de dignidad proletaria sofocada hasta entonces por el ruín ambiente de la desconfianza se despertase con potencia y con gran entusiasmo acudieron a la nueva asociación. La burguesía indignada de que sus esclavas se pusiesen en condiciones de lucha, intentó matar la primera labor realizada por un puñado de dignas obreras. Un burgués despidió a siete de sus operarias, que fueron las primeras que se habían asociado, y a las pocas horas de tal hazaña burguesa el presidio moderno (vulgo fábrica) de aquel explotador, quedaba sin movimiento, pues ni una hizo traición a sus compañeras despedidas. Las obreras de las otras fábricas al enterarse de lo sucedido acudieron en gran número, y con tanto entusiasmo a ayudar a sus compañeras que se obligó a la burguesía a detenerse en su plan de ataque. Cuatro reuniones celebraron las huelguistas y a ellas acudieron un número tan grande de obreras a ofrecer su solidaridad moral y material, que yo os afirmo que jamás he presenciado cuadro más entusiasta que el que me han proporcionado mis queridas compañeras del mencionado barrio de la liberal Barcelona. Las condiciones presentadas al burgués Nadal, que fue el provocador de la huelga, fueron en todo aceptadas, obligándole además a hacerle pagar 125 pesetas a que ascendían los gastos de las cuatro reuniones que habían celebrado. Seis días de lucha enérgica han bastado para hacer morder el polvo al tirano explotador. Al día siguiente de la victoria, o sea el lunes de la presente semana, se celebró un mitin en una espaciosa sala; más de mil quinientas mujeres acudieron al acto; once horas de trabajo en la fábrica, los quehaceres de la familia y la gran distancia que mediaba entre la fábrica y el local en que a las valerosas proletarias que con su presencia y actitud dieron un mentís a los que creen que las mujeres no pueden ser libres, porque son débiles e ignorantes, lanzando el reto a la burguesía que durante tanto tiempo les había explotado con todo descaro.

¡Obreras de Cataluña, de España y del mundo, imitad a las obreras del Arte Fabril de San Martín, os repito! Y vosotras, dignas compañeras mías, recibid el testimonio de mi más sincero compañerismo. ¡Continuad hasta ser libres!

# LA MUJER, CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE SU ESTADO ANTE LA PRERROGATIVA DEL HOMBRE

Teresa Claramunt  
*El Porvenir Obrero, Mahón, 1905*

Al ocuparme en este trabajo del estado actual de la mujer, me propongo emplear un lenguaje despojado de todo convencionalismo, procurando disipar errores de su educación y combatir su ignorancia, de consecuencias tan funestas. Así juzgo verificar una labor purificadora, de trascendencia social, ensayando a la vez un estudio de las causas por las que se sostienen tales errores, a fin de que puedan ser racionalmente combatidos y evitándose los perniciosos efectos, los continuos sufrimientos que recaen sobre nosotras. Deseo que, ni por asomo, se sospeche que mi propósito sea zaherir a cualquiera, sea hombre o mujer. Nada de esto. Ciertamente que el hombre es, a mi entender, el directamente responsable del infeliz estado de la mujer, pero una cierta indulgencia, que en justicia se debe a la inconciencia, me aconseja ser comedida en el ataque sin sacrificar, empero, la verdad tal como la siento en esta capitalísima cuestión que paso a someter a mis lectores. Si en un cuerpo humano, por cualquier causa, se produjese una alteración en la circulación de la sangre, más pronto o más tarde sobrevendría una perturbación de todos los órganos. De no imponerse una enérgica reacción, seguiría bien pronto un decaimiento fatal de fuerzas, hasta llegar a la anulación del individuo. Esto es lo que actualmente, por comparación puede decirse del cuerpo social. Por efecto de los errores primitivos, fue alterada la acción de las fuerzas vitales, provocando naturalmente la perturbación que a través de los siglos ha venido viciando todos los órganos hasta paralizarlos. La muerte, por tanto, es inevitable pero no la muerte natural conforme a la evolutiva transformación de la materia, sino la muerte violenta, acompañada de desesperaciones, muchas veces trágicas, siempre crueles. Así lo han comprendido también muchos hombres, que han ensayado medios y propuesto diversos sistemas para purificar el ambiente; es decir, han tratado de vigorizar el cuerpo social. Pero, desgraciadamente para todos, excepción hecha de los anarquistas, ninguno ha logrado otra cosa que complicar la enfermedad, por haber

limitado el remedio a una aplicación de emplastes, siendo así que lo que necesita el enfermo, el cuerpo social, es la acción del bisturí cortando mucho hondo.

Para rehabilitar el cuerpo social precisa liberarle de la gangrena que le consume. Es un caso rudimentario que el comprenderlo necesita pocos alcances. Antes de internarme en tan áspera cuestión, debo hacer notar que cuando hablo del atraso de la mujer española no significa que yo reconozca emancipada a la mujer de otros países. Harto sé, y con dolor lo digo, que la perfección es imposible donde quiera que la explotación exista. Nadie ignora ya que el capitalismo se nutre de miseria; y mientras haya miseria, la ignorancia y la prostitución en todos sus aspectos no faltarán, ahogando el sentimiento de los justos.

El dolor nos afligirá mientras subsistan hombres que soberbiamente digan: esto es mío. Pero volviendo a la cuestión, como yo no poseo un conocimiento exacto del estado de la mujer en los demás países, salvo el muy imperfectamente adquirido de la de Inglaterra y Estados Unidos, donde las veo afanosas por dignificarse, mis consideraciones se referirán directamente a la mujer española, cuya degradación física, moral e intelectual debiera causarnos pena inmensa. ¿Cuál es la principal causa del mísero estado en que vemos a la mujer, no obstante los asombrosos progresos de nuestros tiempos? Este será el primer punto que intentaré desarrollar, dudando que consiga hacerlo como debiera, dado que el trabajo es superior a mis fuerzas, trabajo al que me entrego por irresistible afán de cooperar en toda obra que tienda a conseguir el derrumbamiento de la inhumana sociedad presente.

La principal causa del atraso de la mujer está en el absurdo principio de la superioridad que el hombre se atribuye. Sobre esta base falsa constituyose la sociedad actual; y por tanto, los resultados forzosamente tenían que ser contrarios a todo bien común. Este falso y perjudicial principio de la desigualdad ha venido imperando hasta nuestros días, extendiéndose hasta caer en el vergonzoso extremo de dividirse los hombres en clases y subdividirse estas al infinito, por la separación que crea el torpe afán de excederse cada uno a los demás. Una vez cultivados por los hombres los antagonismos de sexo, los frutos habían de envenenar su espíritu, haciéndoles despóticos y tiranos

con sus semejantes. Empezaron siéndolo con las mujeres, por ser más fácil, pero luego el afán de dominar les ha hecho feroces.

La mujer es y ha sido para el hombre un ser incapacitado para todo y, salvo muy honrosas excepciones, nadie durante tantos siglos la ha defendido de esa usurpación de facultades. Se la ha considerado como eterno niño. Si no temiera quebrantar mis propósitos, mucho podría aducir para evidenciar que la pedantería es la que ha llevado a muchos a creerse sabios; pero prefiero citar, como caso opuesto, el de mujeres que frecuentan las cátedras, ejercen la medicina con tanta capacidad como el hombre, estudian con provecho las ciencias físicas, químicas y matemáticas, y ocupan distinguidos puestos en la literatura y el periodismo.

Tuvo su origen este absurdo de la superioridad masculina en las remotas edades, en que la fuerza muscular se consideraba cualidad preferente, y hasta se llegó a divinizarla. Con tan funesto prejuicio el instinto de dominación fue manifestándose en los hombres de mayor fuerza, dando lugar a que los menos fuertes recurrieran a la astucia y determinando esa fatal tiranía que la mujer no pudo rechazar por la extrema delicadeza de sus órganos y por las molestias que le imponen la naturaleza, contribuyendo a debilitarla. El caso es que ese estado de tiranía ha prevalecido hasta nuestros días, y la civilización ha conseguido únicamente darle un matiz más hipócrita.

Provisto el hombre de falaces recursos, ha continuado viendo en la mujer un ser inferior, y entronizado en su orgullo la ha llamado y le ha dicho: «Yo soy tu amo y señor; tú no puedes intervenir en los asuntos públicos, porque no posees el talento necesario; tú no puedes legislar, ni siquiera disponer tus bienes, porque te han reconocido incapacitada. Tú, hija, o esposa, has de ostentar mi nombre, igual que lo ostenta el perro en el collar o el caballo en la manta que le cubre el lomo, así como estos animales si pudiesen hablar, dirían no», y tus hijos llevarán mi nombre, me pertenecerán. Eres mía en el sufrimiento, eres mi esclava». «Soltera lo eres de tu padre, casada pasas a serlo del marido, y ambos te hacemos depositaria de nuestra honra que conservarás como conserva la gaveta el dinero que en ella depositamos. Tanto el marido como el padre tendremos derecho a matarte si con tus actos mancharas nuestro nombre, y si este nombre te lo entregamos deshonorado tú debes ocultarlo

aceptándolo con sumisión y respeto. No tienes derecho a quejarte, y menos a castigarme como te castigamos nosotros, porque nosotros tenemos la libertad de que tú careces y nos es permitido sin desdoro lo que en ti merecía todos los reproches y los castigos más crueles». Creo imposible representar más gráficamente la brutal glorificación de las prerrogativas masculinas. En las líneas anteriores aparece la vida real en toda su desnudez, con todos sus repugnantes prejuicios. Es fácil discutir cuando se trata de establecer teorías, pero ante los hechos brutales, expuestos ruda y fielmente, es imposible la objeción.

De poco le ha servido al hombre la cultura de la civilización, cuando ni siquiera ha sabido hacer frente a las dificultades de la lucha social por él mismo provocadas y, en vez de elevar a la mujer a la emancipación, la ha arrojado a lo más cruel de la explotación capitalista, imponiéndole los trabajos del campo, de la mina, de la fábrica, y cosa peregrina para los que rebajan sus facultades, en estos trabajos la mujer prueba capacidad también, como lo ha demostrado para el desempeño de otras funciones más delicadas, evidenciándose, finalmente, la poca importancia de la fuerza muscular ante los portentosos progresos de la maquinaria y admirables prodigios de la electricidad. El esfuerzo muscular no se cotiza a ningún precio desde que los brazos de hierro relevan a los del hombre. Es por lo tanto injusto mantener el prejuicio de la superioridad muscular. La mujer tiene aptitudes como las tiene el hombre, y las diferencias entre unas y otras no son más que modalidades distintas necesarias para la marcha progresiva de la humanidad. Desde su nacimiento hasta la muerte debiera el hombre vivir en armonía con la mujer; y hoy más que nunca, porque las fatigas de la explotación han llegado a hacerse comunes. Todas las fatalidades del régimen presente caen por igual sobre el hombre y sobre la mujer. Ninguna se salva del dolor, que la mala organización produce. ¿Por qué, pues, vivir desacordes cuando las necesidades de la vida les llevan a estar juntos?

Este desacuerdo es funesto, redundando en perjuicio de todos. Es hora de que el hombre se dé cuenta de que el relegar a la mujer a un rincón del hogar, divorciándola del movimiento social por considerarla de condición inferior, contribuye a proteger el mal y el vicio, que él no ha sabido corregir después de tantos sistemas como se han usado y desacreditado. Juzgo haber apuntado con lo expuesto hasta aquí el origen del falso principio que coloca al hombre en condición superior

a la mujer. Veremos ahora las consecuencias que han resultado de este falso principio. Toda desviación, así en el cuerpo físico como en el cuerpo social, produce perturbaciones graves, profundo malestar. Por haber aceptado el hombre sin análisis las costumbres que los antiguos habían establecido como justas, cuando en verdad son contrarias a todo sentimiento natural, vióse sorprendido por un profundo malestar, y al sentir la necesidad de poner remedio no pudo conseguirlo, porque todas las leyes que formulaban tendían perfidiosamente a la limitación y al castigo. No combatiendo la causa, continuaban los perniciosos efectos.

La mujer que enseña a pronunciar las primeras frases al niño que ha de ser hombre, la mujer que modela en la primera edad el cerebro y da perfume al corazón, la mujer santificada por el beso, símbolo de pasión sublime, como amante y como madre, la mujer en nuestra sociedad ocupa un puesto humillante y en vez de adquirir respeto en sus relaciones con el hombre, se la continúa tiranizando hasta crearle una moral falsa que, enturbiando sus delicadezas, engendra irresistibles dudas, cuyas nerviosas sacudidas emponzoñan la sincera manifestación del cariño, envolviéndola con resquemores de egoísmo y de infidelidad. No puede la espontaneidad dar sus hermosos frutos en una sociedad donde un falso honor ha muerto los impulsos más fuertes, los más santos, porque de ellos dimana la vida; donde hasta la condición de madre, ¿por qué no decirlo?, se obtiene por las reglas del cálculo. Estado horroroso del que, sin justificar la resignación de la mujer, el hombre es el primer responsable. So pretexto de guardar la moral, que no es otra cosa que una pantalla de la hipocresía, se ha descendido al crimen sancionado por la más estúpida indiferencia. Muchas mujeres solo aguardan el alumbramiento para abandonar inmediatamente al fruto de sus entrañas en cualquier inclusa, matadero de la infancia, o darlo al cuidado de gente extraña que lo atiende por poco precio, con el fin de dedicarse a la lactancia de los hijos de las familias adineradas. Y esto con ser tan grave, todavía no acusa toda la degradación de sentimientos a que han llegado muchas mujeres. Las hay casadas que al notar los primeros síntomas del embarazo maldicen, no a la sociedad, sino al fruto de sus entrañas, y toman mil brebajes para arrojarlo prematuramente, o se entregan en manos de comadronas poco escrupulosas que con instrumentos punzantes destrozan el embrión de un ser humano.

A todos estos horrores podemos añadir el caso cada día más frecuente de muchos matrimonios que se abandonan a la desnaturalización de los goces por odio a la procreación. Al llegar a este extremo no puedo contener un llamamiento a los escritores cursis que ensalzan hasta las nubes el amor de madre, para decirles que si tomaran vida esos millones de seres muertos en germen y los que mueren en las inclusas, les maldecirían exclamando ¡mentira!, mentira vuestros poéticos cantares. Menos poesía y más realidad; habéis hecho del llanto, que es signo de impotencia, una virtud, del sufrimiento silencioso, un mérito. La mujer, tal como los hombres la han hecho, llora por costumbre. Su única arma de defensa son las lágrimas, el artificio, el disimulo. Pero no es ella, como he dicho antes, la responsable de su estado. No puede serlo, por cuanto ha vivido constantemente tiranizada por el hombre, y sabido es que todo estado de tiranía necesariamente tiene que producir la astucia, la hipocresía y la mentira. La degradación es consecuencia lógica del estado de inferioridad humillante.

Sobre la mujer pesa la prohibición de manifestar pura y espontáneamente los sentimientos del amor. Debe ocultar cuidadosamente sus sensaciones amorosas como se oculta un delito. No puede escoger, tiene que esperar la sollicitación del hombre y para corresponder necesita el permiso del tribunal de la familia. Ha de contener todos los naturales impulsos, porque su manifestación constituiría una desvergüenza imperdonable, y el buen nombre de la familia peligraría. Es más casto, más sano, según la moral de nuestros tiempos, resignarse a ser carne de placer para el primer advenedizo que cubre su lujuria con el pliegue ruin que forma la gazmoñería, ser un mueble de lujo, materia explotable, descendiendo a la categoría de prostituta, con o sin pudor.

Basta legalizar estos actos de prostitución para que la pudibundez no se escandalice. El hombre, con sus vicios y su torpe vanidad, representa un papel miserable, aceptando como manifestaciones de amor sincero, lo que únicamente es rutina, egoísmo y especulación. Sin embargo, hay que reconocerlo, ¡cuán poco costaría elevar a la mujer por la libertad de sus facultades y efectos naturales! Se le atribuyen delicadezas íntimas rayadas en lo sublime, que sin duda se manifestarían si una moral regresiva no ahogara el sentimiento de espontaneidad. Porque es lógico

reconocer que el amor en su sublime sentir no cabe admirarlo donde las acciones propias viven subordinadas a la voluntad ajena.

Sin voluntad y sin conciencia, mima la mujer al hombre con quien vive, solo porque haciéndole así cree cumplir su obligación. Le han dicho que sus deberes de casada le imponen que satisfaga los caprichos del esposo, y los satisface maquinalmente, sin que su corazón intervenga. Así viviendo, sus caricias adquieren con mucha frecuencia el carácter de las que se prodigan en los lupanares. No debe extrañarnos esto, dentro del régimen presente, en que la cuestión económica está ligada íntimamente con la cuestión moral, haciendo que cuando el marido trae el dinero con que cubrir las necesidades del hogar, los mimos y las caricias se multiplican, mientras que si por triste suerte no logra subvenir a estas necesidades, entonces el mal humor reina. Mis palabras son duras, pero también son ciertas.

Habrà tal vez quien diga que ofendo a la mujer pero no es así. El mostrar las cosas como son a nadie puede ofender, máxime cuando en cada caso procuro descubrir al responsable. Lo que me propongo es convencer al hombre de los fatales resultados del prejuicio de poner a la mujer a tan bajo nivel, lo que deseo es que el hombre deje de ser esclavo de su culpa, como actualmente le acontece, por mantener su tiranía sobre la mujer. Si para considerarla honrada apelan a confiscar los impulsos naturales estableciendo costumbres y leyes que ningún mal evitan, que ningún defecto corrigen, sino que por el contrario, obligan a la hipocresía, preferible es que se callen y no eleven poéticamente hasta las estrellas las dulces caricias de su ángel tutelar, ya que todo resulta soberanamente ridículo y estúpido.

Paréceme muy del caso observar que cada uno tiene derecho a glorificar lo que encuentra de bueno; pero en el campo de la realidad lo general se antepone a lo particular. Yo hablo aquí de la vida real sin particularismo y dejo las excepciones para quien crea necesario hacerlas. Si los que me leen saben desprenderse de todo recelo y meditan mis palabras con imparcialidad, llegarán a darse cuenta del funesto desarrollo que adquieren los prejuicios señalados y de los vicios que introducen en la educación de las familias, acumulándose inevitablemente en la vida social.

Basta fijarse en las costumbres del hogar para convencerse de la gravedad del mal. Subordinada la mujer al dominio del hombre, impone ella ese mismo dominio a los otros seres más débiles que la rodean, tratando de inspirarles temor. Así la educan, así educa ella después. Le impusieron obediencia irracionalmente, y de igual modo la impone ella a sus hijos. Además, los hombres, a fuerza de quererla sumisa, olvidan dotarla de los necesarios conocimientos para la salud de sus hijos, y en esta ignorancia la vemos a cultivar el temor en el espíritu de los pequeños, que es lo mismo que iniciarles en el camino de la perversión y de la hipocresía. Nada que ennoblezca el sentimiento, nada que respete la diversa constitución orgánica de sus hijos; todo es ignorancia, incomprensión, rutina. Ella nada sabe de pedagogía racional, cuyo estudio le enseñaría los cuidados que requiere cada niño o niña según su carácter y temperamento. Por lo mismo, no puede darse cuenta de que educar por el temor por la obediencia ciega, produce resultados siempre fatales. A nadie puede sorprender que a un estado de injusticia siga otro peor, hecho que experimentamos al ver convertido en sombría mansión el hogar de la familia, el dulce hogar como cantan los poetas.

Y todo esto, que es de una verdad irrefutable, no merece la atención del padre. Lo que a él le importa es que le obedezcan, que sean leyes sus caprichos, y es claro, por irresistible imitación, la madre exigirá lo mismo de sus hijos, surgiendo de ahí un régimen jerárquico y ordenancista cuyo patrón vemos en los cuarteles. El padre es el primer jefe, ante él nadie chista, luego sigue la madre con parecidas pretensiones despóticas, y como el mal ejemplo cunde los niños mayores ejercen de mandones con los más pequeños, y estos se desquitan con el perro, el gato y los muebles, cuando no hay otra cosa. ¿Cuántas veces habremos oído a niños pequeños exclamar con coraje: ¡Ah! cuando yo sea grande?... Terribles consecuencias del odioso afán de superioridad. No es posible en verdad atenuar los malos resultados de las prerrogativas que el hombre ha pretendido para sí. Se extienden perjudicialmente como manchas de aceite, ensuciando cuanto nos rodea, sin que valgan astucias y mentiras para ocultar los surcos dolorosos que abren en nuestro corazón.

Es de común sentir que la madre debe ser el primer profesor de sus hijos; pero ¿quién le ha facilitado la adquisición de los conocimientos precisos para cumplir misión tan delicada? Se dirá que el hombre no

tiene la culpa de todo. Cierto. Que la mujer también lleva su parte. No lo discutimos. Todos llevamos nuestra parte de culpa. Lo que interesa es que los absurdos desaparezcan, que se destruya el régimen que lo provoca, porque es muy triste educar a las nuevas generaciones en medio de tantos errores y limitaciones que embotan los sentidos y desnaturalizan la libertad. Hasta el presente, todo tiende a confiscar la personalidad de la mujer y del hombre. Solo así se explica como aún hoy, en el siglo XX, acudan anualmente a llenar los cuarteles miles de hombres a la voz de un tirano representado por la ley o por el falso deber patrio. Allá va la flor de la juventud masculina con el estorbo de una educación torpe y ramplona, a ser objeto de toda mutilación, a parodiar al ratón que esquivo el zarpazo del gato, a moverse a la derecha o a la izquierda perdiendo en cada movimiento una parte de su personalidad, hasta su total anulación. Cogido el ratón, lo engulle el gato para su alimento, anulado el joven, convertido en autómatas, lo engullen los grandes ladrones que en cada país utilizan los ejércitos para satisfacer sus ambiciones, para acaparar grandes riquezas.

Refiriéndome a los estados vergonzosos que nacen de los defectos que voy exponiendo, recuerdo haber dicho en otras ocasiones que el amor maternal en la especie humana no se distingue por la tenacidad sublime en la defensa de la carne de su carne y sangre de su sangre. La madre más cruel, más cobarde e incapaz para la defensa de su prole es la madre humana. En las especies que llamamos irracionales, desde la bestia feroz hasta la inofensiva avecilla, la hembra madre se desvela por el mejor crecimiento de sus hijos y celosa de su existencia los resguarda de todo acecho, escoge sitios convenientes para su defensa, y la veréis con sus uñas, con sus picos o con sus dientes, desafiar todos los peligros para evitar que llegue algún daño a sus hijuelos. Ahora tengamos un momento. ¿Van a creer mis lectores que soy enemiga de la mujer porque en el trabajo presente resultan muchos cargos contra ella?

Dije ya antes que no, ahora he de añadir que mejor creo defenderla poniendo ante su vista los horrores de las falsas costumbres que constituyen su actual norma de conducta, combatiendo muy principalmente los funestos prejuicios de la superioridad masculina que a ellas dieron origen. En esto último se esconde el verdadero enemigo de la mujer. No dejo de reconocer que entre las mujeres podemos distinguir algunas que posen condiciones para ser buenas madres y

perfectas compañeras del esposo; mas, como por ser tan escasas, lo deficiente turba de continuo la serenidad de nuestras miradas, no es posible evitar la indignación por el modo tan falso como se educa a los hijos y por lo indiferente que se muestra el hombre ante el trastorno que produce a la sociedad tan defectuosa educación. Según la opinión general, el ser buena mujer consiste en resignarse a ser la esclava del marido aplaudir sus sandeces y someterse a ser mueble de lujo o bestia de carga.

Ese título de bondad lo concede la voz pública preferentemente a las mujeres que trabajan hasta perjudicar su salud, sin protestar de que el esposo pierda el tiempo en el café o en la taberna. Francamente, no participo de esta opinión. Sentiré, sí, compasión por ellas, mas no cariño, ni respeto, desde el momento en que ellas en tan poco estiman su vida y su dignidad. El vulgo, el necio vulgo, puede seguir dispensando el dictado de buenas mujeres a las que esperan resignadas el regreso del marido hastiado de sus vicios y que luego le reciben con halago servil al amo, al dueño, al señor, mas yo no puedo ocultar el enojo que me produce «esta conducta» porque con ella solo se demuestra capacidad para ser siervas, no compañeras del hombre. El hogar en tales condiciones demuestra ausencia de amor, de verdadero afecto, de nobles expansiones; los dos seres que viven bajo aquel mismo techo pero carecen de la sublime afinidad, necesaria para el verdadero goce. La mujer se somete al hombre porque le trae unas pesetas al final de semana, o porque a su lado cree a cubierto la fama de buena mujer, engaño terrible por cuanto acepta que pese sobre ella el yugo de la prostituta legal, siempre de más baja condición, por ser más hipócrita, que la infeliz mujer pública. Esta ausencia de sentimientos y costumbres sanas nos llevan a tomar en serio una infinidad de disparates que se observan en otros órdenes de la vida, y que sean objetos de chacota si más tarde no resultarán un suplicio para nuestros hijos. ¿Quién no ha visto a una mujer hacer alardes de sus sentimientos maternos, llorar a lágrima viva al notar que su hijo está enfermo, disputar con las vecinas porque le han reñido y separarlo del corro de los grandotes para que no oigan frases que juzga reñidas con la moral? Pues, en cambio, esa misma madre pronuncia en presencia del mismo hijo mil perrerías, a cual más grosera, por cualquier cuestión que haya tenido con las vecinas, o le refiere con tono beatífico todo un tejido de patrañas y embustes

místicos-religiosos, o lo mete en cualquier escuela, sin importarle que el profesor sea un jesuita, una fiera ordenancista.

Todos los días conmueve nuestros nervios el rugido que contra el despotismo levanta la protesta popular, y a pesar de todo, no reparamos en adorar el símbolo de este despotismo, regalando a los niños en determinadas festividades, juguetes que representan espadas, fusiles, soldados, y también nos permitimos la alegría de verles seguir mascaradas del carnaval luciendo los entorchados del bárbaro conquistador o la casaca enconchada del parásito privilegiado. La tarea que me he impuesto requiere muchas observaciones para dejar afirmado que el celo de las madres a favor de sus hijos está luego negado por los hechos, y que el afán de que se alardea por sacudir la dominación del tirano resulta vago, inconsciente, desde el momento en que en los más sencillos actos de la vida aparece el fantasma de la tradición, obstáculo tenaz a toda positiva manifestación sana.

Vamos a concretar. Todos los privilegios causa del desequilibrio social existente, todas las guerras que con tanta frecuencia desolan a la humanidad, todo el conjunto de dolores y atrocidades que tan de cerca nos hieren y conmueven, hallan apoyo en la ignorancia de esa media humanidad que constituyen las mujeres, ignorancia que perpetúa, con los prejuicios señalados, la otra mitad compuesta por hombres. Examinen estos su obra, examínenla y verán como sus orgullos, sus prerrogativas, sus códigos, sus religiones, forman la roca que les aplasta. Su extrema fatiga no hallará descanso hasta que no borren las limitaciones que impusieron a la mujer por temor de que no se derrumbase el hogar de sus egoísmos. La lealtad, el amor, la abnegación no pueden florecer bajo la represión y la tiranía, necesitan para su armónico desarrollo el ambiente de la libertad vivificadora, la igualdad de condiciones en todos los seres humanos. La Naturaleza, al separar los dos sexos con facultades y obligaciones propias de cada uno, completó un fin común, útil y armónico: el progreso interminable de la especie; mientras que el hombre, con su odioso orgullo, al pretender corregir la Naturaleza, impone divisiones que violentan los espíritus y perjudican la procreación. No debemos continuar por este mal camino. Reconozcámonos todos enfermos, ya que la atmósfera social se ha viciado tanto que con dificultad nuestros pulmones pueden respirarla; reconozcámonos enfermos y no volvamos la espalda a quien con su

pluma, con su palabra o con su ejemplo, nos ofrece el remedio. No quiero que se acepten a ciegas mis palabras, sino que se les preste atención y se estudien las soluciones de tan grave problema. Es menester también que la mujer no espere únicamente del hombre el remedio a sus males. Ella misma debe emplear todo el esfuerzo propio para levantarse de la postración en que ha vivido. No quiera ver encadenadas por más tiempo sus acciones. Obrando así, con conciencia propia de sus derechos y de sus deberes, el concurso que el hombre le preste contribuirá eficazmente a completar la transformación imperiosamente necesaria.